
El oficio de recordar

De Albor Rodríguez. Papel Literario de *El Nacional*,

28-09-2002

Jesús Sanoja Hernández tiene 72 años de edad y ha dedicado más de la mitad a la exigente operación de rememorar y relacionar hechos distantes en el tiempo. Como buen conocedor de la historia, sabe que ésta no termina y que si algo ocurre no hay ninguna razón para que no vuelva a repetirse.

El sueño de todo gran científico es viajar al fondo del cerebro, ese cosmos en miniatura del que se conoce tan poco. Se sabe que tiene una capacidad de almacenamiento más poderosa que cualquier computador y que en él residen unos 100 billones de conexiones neuronales. Se sabe también que recordar es uno de los procesos básicos del pensamiento y que aprender es recordar inteligentemente, es decir, usar memoria e inteligencia al mismo tiempo. Pero, ¿cómo un hombre puede recordar tantas cosas como lo hace Jesús Sanoja Hernández? ¿En qué consistirá el mobiliario mental de alguien que como él hace con facilidad el complicado recorrido hacia asociaciones lejanas de todo cuanto pasa?

El profesor Sanoja camina silencioso por los pasillos de *El Nacional* sin advertir los gestos de admiración que produce a su paso. Casi siempre de buen humor, responde con amabilidad a los saludos que se salvan de su andar distraído e, invariablemente, se dirige al archivo. Allí le esperan rollos de periódicos resguardados en microfilm que consulta cuando alguna referencia del pasado se le escapa de su vigorosa memoria o cuando, persiguiendo la precisión que tanto aprecian sus lectores, quiere confirmar algún dato.

Aunque olvidar no es su fuerte, si esto ocurriera, sabe en cuál libro perdido de su estantería, en cuál que prestó –de lo cual lleva constancia en una agenda de 1973 que no utilizó en su momento–, en qué pasaje de éste o aquel periódico o en qué cuaderno Caribe de esos que costaban un bolívar encontrará la anotación que le servirá de ayuda. A los 72 años, Sanoja es un periodista al que no lo toma por sorpresa casi nada de lo que ocurre: como buen conocedor de la historia sabe que ésta no termina, y que si algo aconteció, no hay ninguna razón para que no se repita.

El primer viaje

Por un olvido de su padre, sus documentos de identidad dicen que nació el 1° de mayo de 1930, pero en realidad el último de los siete hijos de Marcos Sanoja nació el 27 de junio, casualmente Día del Periodista. En la fachada de su casa en Tumeremo un gran letrero decía: “Compro oro, balatá y diamante”, forma genérica de anticipar que adentro lo que había era un gran supermercado donde se intercambiaban monedas por todo tipo de mercancía seca, desde telas hasta granos.

Trescientas cuarenta palabras por minuto. Ese era el récord al que se enfrentaba Jesús Sanoja Hernández en los ejercicios de lectura veloz que le ponían en la escuela de varones donde estudió la primaria. Búsquedas en el diccionario sobre grandes inventores, curiosidades y anécdotas completaban las prácticas pedagógicas de un maestro del que Sanoja recuerda hasta el nombre: Rubén Gómez.

Sanoja era el “bordón” (como los guyaneses denominan al hijo más pequeño y consentido de la cas), así que su futuro debía trascender la suerte de la compra-venta. Al terminar la primaria, en 1943, lo enviaron a Caracas a vivir con una tía en La Pastora para que continuara los estudios. Tardó ocho días en llegar: fue de Tumeremo a El Callao, de allí a Upata y luego a Ciudad Bolívar –tenía 13 años de edad y era la primera vez que iba a la capital del estado–; de allí pasó a El Tigre, Pariaguán, El Socorro, San Juan de los Morros y finalmente a Caracas. Como nunca antes, Sanoja vio su país y parece que ya no olvidará aquellas carreteras paralelas asfaltadas por las petroleras extranjeras, con una cerca que las separaba de los barriales por donde debían transitar él y el resto de los mortales. Desde entonces no volvió a vivir en su tierra. Tumeremo quedó para las vacaciones y Caracas se convirtió en su escuela para la vida, la política, el periodismo y varias veces en su cárcel.

Fervor por el sacrificio

Sanoja estudió en el Liceo Aplicación y luego en El Alcázar, pero el hombre que terminó siendo se empezó a fraguar en el Liceo Fermín Toro. Fue allí donde en 1947 entró en contacto directo con la agitada lucha política y la intelectualidad de la época. El centro de Caracas era un hervidero: el Fermín Toro, la Universidad Central, *El Nacional* –ubicado de Pedrera a Marcos Parra- y el Capitolio formaban un cuadrante donde se cocían a fuego rápido las ilusiones y sinrazones de entonces.

Su primera incursión en el periodismo fue en *Tribuna Popular*, fundado dos días después de la juramentación de Rómulo Gallegos, el 15 de febrero de 1948. Y con ello, azuzado por el golpe de noviembre, empieza su militancia política. En abril de 1949, en un bar de Cipreses, Faustino Rodríguez Bauza lo instó a que firmara su inscripción en el Partido Comunista, una formalidad innecesaria para un hombre que ya era dado por rojo. “Cuando nosotros nos metimos en esto –contó Sanoja en una entrevista publicada en este diario en 1996–, lo hicimos porque había habido un golpe militar en contra de un gobierno que considerábamos democrático, que era el de Gallegos. La razón no solamente fue la elección del marxismo sino también una especie de fervor juvenil por el sacrificio”.

Pero el idealismo tenía un costo. La primera tarea que le asignaron en el partido fue hacer una pinta (“Abajo la dictadura”) por la esquina de Cochera, inocentada que le valió a Sanoja su primera “visita” a la cárcel. Salió a finales de septiembre de 1949 y en 1950 la experiencia volvió a repetirse, al igual que en 1951 y 1952, hasta que fue expulsado a México en abril de 1952, siete meses antes de la autoelección presidencial de Marcos Pérez Jiménez. En 1962 y 1963 cerró su historia de preso político, solo que esta vez Venezuela ya estaba en democracia.

Periodismo y literatura

Cuatro años de exilio en México definieron en Sanoja la pasión por seguirle la pista a cuanto material sale publicado. Allí trabajó con Eduardo Machado en la elaboración de un

boletín mensual a partir de los despachos de periódicos de toda Latinoamérica, a la vez que escribía para *Noticias de Venezuela*.

Y es que Sanoja siempre tuvo claro que su vocación era el periodismo y la literatura. Y por muchos años el periodismo marginal y clandestino. En 1949, cuando tenía 19 años de edad, fundó la revista *Cantaclaro*, de la cual salió una sola edición en enero de 1950, que rápidamente fue incautada. Ese año, tras el cierre de *Tribuna Popular*, fundó *Gaceta Estudiantil*, que luego de una manifestación el 1° de mayo de 1951 también corrió la misma suerte.

A su regreso de México, en la Semana Santa de 1956, Sanoja empezó a colaborar en *Esfera*, *Últimas Noticias*, *El Mundo* y *Élite*. Tras la caída de la dictadura integró el grupo literario Tabla Redonda y luego vino la fundación de las publicaciones *El Venezolano* (1963), *La Extra* (1964-66), *Qué pasa en Venezuela* (1964-67), las revistas *Cambio* (1968), *Ideología* (1972-73), *Esto queremos* (1973) y el quincenario universitario *Deslinde* (1968-70), en cuyas páginas quedó estampada la discusión sobre la validez de la lucha armada en Venezuela, a partir de largas entrevistas a Teodoro Petkoff, Germán Lairer, Pedro Ortega Díaz, Eduardo Machado y Guillermo García Ponce. Esto sin contar sus colaboraciones en *Bohemia*, *Momento* y *2001* durante los años setenta, cuando ya daba clases de Literatura en la Universidad Central de Venezuela.

Es para sorprenderse: Jesús Sanoja Hernández ha salido invicto en un recorrido de más de 50 años por el periodismo venezolano. Hace apenas un año que utiliza una computadora para escribir y hace otro tanto que se puede caminar por su biblioteca sin resbalar sobre una montaña de periódicos. La computadora, que teclea con dos dedos, fue un regalo de su hijo que sólo se decidió a utilizar cuando de su vieja máquina de escribir empezaron a salir textos con frases inacabadas, mientras la montaña de periódicos la remontó su esposa María Eugenia, cansada de tanto papel amarillento, hasta dejar la habitación ordenada y accesible. Pero no será por mucho tiempo, porque el profesor Sanoja conserva papeles con el mismo fervor con el que los tacaños guardan dinero y sólo el tiempo determina qué es lo que queda.